
La cohesión social en una sociedad abierta y plural

(con unas notas sobre el caso catalán)

Cardús, Salvador

Univ. Autònoma de Barcelona
salvador.cardus@uab.cat

Y

Ya no es posible hablar de cohesión social como se hacía en sociedades relativamente cerradas y homogéneas como las que originaron tal concepto. Tampoco puede darse por sentado que cualquier tipo de cohesión sea buena por definición. Además, las teorías de la cohesión parten de un marco político dado por descontado. Y, precisamente, en los casos vasco y catalán, uno de los principales desafíos está en la definición de la nación.

Palabras Clave: Cohesión social. Sedigualdad. Confianza. Conflicto nacional. Identidad.

1. ¿De qué estamos hablando?

Aunque no sea el momento de debatir a fondo sobre el concepto de cohesión social, sí que hay que dejar constancia de que existe una larga y profunda discusión sobre este término, sobre su –conveniente– ambigüedad, su carácter híbrido, sobre como podría medirse y, por supuesto, sobre como asegurar tal cohesión¹. En cualquier caso, puede decirse que no existe un acuerdo académico sobre qué es la cohesión social. Y, por mi parte, incluso dudo de si se trata de algo que pueda caracterizar nuestras sociedades actuales.

El principal obstáculo en el uso del término es su implícito carácter positivo. Se da por descontado que la cohesión social es buena por definición, que hay que conseguirla, y esa valoración condiciona cualquier cosa que vaya a decirse sobre ésta. Ocurre como con el concepto de “tiempo libre” que, siendo “libre”, ¿cómo puede no ser algo bueno? Y, como veremos más adelante, no siempre la cohesión social, o su búsqueda, ni en todos los grados y formas, es necesariamente positiva.

Así, aun sin intención de responderlas ahora, permítanme unas preguntas para mostrar tales dificultades. En las sociedades abiertas y plurales, ¿su fragmentación es necesariamente contraria a su cohesión? ¿Estaremos hablando de lo mismo si

lo que estudiamos son sociedades con regímenes políticos poco o muy autoritarios, con flujos migratorios mayores o menores, con grados de desarrollo económico distinto? ¿Cómo han impactado las redes sociales sobre la cohesión social, al incrementar la velocidad de los intercambios, pero también al facilitar el aislamiento que causa el sesgo confirmatorio? ¿Por qué cuando se habla de cohesión siempre se da como algo indiscutible el marco estatal dentro del cual ésta debería darse? Tendría sentido hablar de una “cohesión mundial”? En efecto: la cohesión social, como concepto, está sobrevalorada...

2. Las aproximaciones clásicas

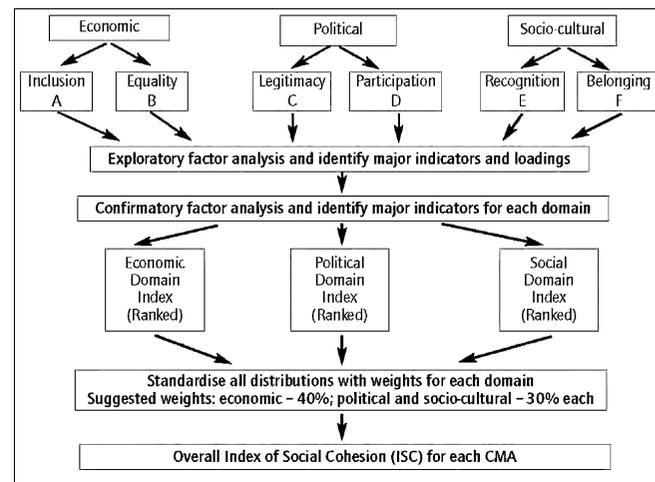
Siendo breve, y dejando al margen las cuestiones planteadas hasta ahora, al menos cabrían dos dimensiones a considerar. Una, la cohesión social entendida como el grado de equidad y de inclusión social. Y dos, la cohesión entendida como resultado de un capital social, es decir, de la existencia de redes sociales que facilitan los vínculos con la comunidad y el sentido de pertenencia a la misma. En el primer caso, la cohesión social es algo colectivo, que pertenece al conjunto de la sociedad, donde priman variables de tipo socioeconómico y en la que la intervención positiva se sitúa en el ámbito de las políticas sociales públicas. Lo contrario a la cohesión sería la exclusión. En el segundo caso, la atención recae en los individuos, priman las variables subjetivas y el acento está en la medida de la “confianza social”, que las redes sociales –no hablo ahora de Internet– puedan crear y fortalecer. En este caso, lo contrario a la cohesión social sería la erosión social, el pesimismo social, pero también ciertas formas de inestabilidad, de desarraigo o de intolerancia.

En cualquier caso, no deberían perderse de vista algunas paradojas. Por ejemplo, se observa como en ciertos países con bajas tasas de desigualdad y exclusión, con larga tradición democrática, crecen partidos de extrema derecha cuyo principal argumento suele ser la defensa, precisamente, de la amenaza a la cohesión social. Así mismo, está claro que una excesiva cohesión social podría dar lugar a formas de intolerancia extrema ante el crecimiento de la diversidad y, al fin, la podría poner en jaque. O se observa que ciertas formas graves de desigualdad económica y social no son óbice para que algunas sociedades mantengan un alto grado de cohesión en sistemas políticos muy autoritarios.

En resumen, las dos maneras de abordar la cohesión social antes mencionada podrían encontrarse considerando tres dimensiones: la inclusión social (disminución de las brechas sociales), la fortaleza institucional (confianza en las instituciones políticas) y la pertenencia efectiva (confianza en los demás y en el futuro)².

“Un buen esquema de lo dicho es el que propone J. Jenson³ para la definición de un Índice de Cohesión Social a partir de un estudio anterior de F. Rajulton et al⁴”. De esta manera incluso se conservarían las notas al final de página y su numeración.

Figure 1. A Multi-dimensional measure of social cohesion



3. Cohesión social y conflicto nacional

Para el caso que nos ocupa, de todas maneras, el debate sobre la complejidad de la cohesión social en sociedades cada vez más culturalmente heterogéneas y socialmente diversas, no acaba aquí. Des de mi punto de vista, hay que añadir otra dimensión fundamental: la de la cohesión y el conflicto nacional. Tal como decía antes, las investigaciones en este tema suelen dar por descontado el marco estatal, como si fuera algo natural, indiscutible y no conflictivo. Pero ustedes y yo sabemos que, por lo menos en nuestras coordenadas sociales, culturales y políticas, no es así. Sólo falta ver las dificultades que ya se expresan en el propio título de su Libro Verde del (de los) territorio(s) de Vasconia y después vasco-navarros y aun de Euskal Herria...

En este sentido, creo que es fundamental no confundir los dos planos, aunque estén en contacto. La cohesión –o su contrario, la fragmentación (voy a evitar el término “fractura”, demasiado cargado socialmente)– nacional, de carácter político, debería tener sus propios cauces democráticos a través de los cuales encarrilar los conflictos. Así pues, la solidez democrática de una determinada sociedad –la legitimidad de las instituciones públicas y la cultura democrática de los ciudadanos– es lo que podría evitar la excesiva polarización que la llevaría a graves rupturas. Y, al contrario, esta solidez democrática reforzaría aquellos vínculos comunitarios que solemos calificar de “nacionales”. Pero sabemos bien cual es la realidad.

De todas maneras, para avanzar en esta perspectiva y evitar confusiones y contradicciones, debo precisar mi punto de vista sobre dos cuestiones de manera muy breve (y, por supuesto, discutible). En primer lugar, la cohesión nacional, el sentido de pertenencia a un territorio y a una comunidad dada, no depende estrictamente de una *identidad compartida* entendida –como suele ser habitual– como la suma de unos contenidos determinados. Por decirlo abruptamente, como Éric Dupin, entendida de esta manera, como compendio de costumbres, maneras de ser, “valores”, etc.– “la identidad no existe”⁵. La identidad, al contrario de esa concepción material, por no decir esencial, es un artificio, un arma utilizada en cualquier proceso social de búsqueda de reconocimiento, de un espacio propio dentro de la comunidad. Como suelo decir, “la identidad es una piel”⁶, en ocasiones, un maquillaje.

Así, la identidad, según mi punto de vista, es un instrumento de lucha por el poder, o más precisamente, para conseguir un cierto poder y un espacio propio que quede fuera de discusión. O por decirlo a la manera de Manuel Delgado, hasta conseguir el “derecho a la indiferencia”⁷. Los debates sobre identidad siempre son a causa de “crisis” de reconocimiento. Es por esa razón que quienes tienen asegurado un puesto confortable en la sociedad no suelen sufrir ningún tipo de conflicto de identidad. En concreto: la reflexión de Eusko Ikaskuntza sobre cohesión y solidaridad o la mucho más modesta que hemos iniciado en el Institut d’Estudis Catalans, en el fondo, son expresión precisamente de un mal encaje político, de una grave dificultad de reconocimiento nacional.

La segunda cuestión, en relación con la “identidad nacional”, es que una manera de plantear el debate es recurrir a lo que

Manuel Castells califica de “identidad de proyecto”⁸. Es decir, abandonar la idea de la identidad étnica construida sobre un pasado supuestamente homogéneo y común. Se trataría de conseguir el reconocimiento de la nación, del demos, no sobre la base de una identidad imaginada sobre un pasado casi inexistente, sino construyendo un proyecto de futuro compartido, que permita incorporar a una mayoría de ciudadanos en su definición y construcción, sin renunciar a su diversidad, y hasta conseguir el reconocimiento *inter-nacional* requerido.

4. La experiencia catalana

¿Puede servir de algo la experiencia catalana en el debate que tiene abierto Eusko Ikaskuntza y que hoy nos reúne aquí? En algunas cuestiones, quizás debería plantearse en el sentido contrario. Por ejemplo, los catalanes podrían aprender mucho de como se fractura políticamente y emocionalmente una sociedad, y de lo difícil que es reconstruir después los lazos afectivos necesarios para recomponerla. El actual brutal intento de polarizar la sociedad catalana, de provocar brotes de violencia para justificar la gratuita represión de la que se es víctima, para muchos catalanes es algo nuevo y desconcertante. La Catalunya de los años sesenta se había conjurado para ser “un sol poble”. También llevábamos ya mucho tiempo en que la política catalana había dejado de ser un falso oasis, pero las confrontaciones partidistas seguían respetando la cohesión casi-nacional. Pero a estas nuevas lógicas sumamente bien calculadas para dividir, a estas estrategias propias del “bombero pirómano”, a la grave intoxicación informativa que llevaba al director de un antes gran periódico español a decir que la unidad de España estaba por encima de la verdad, francamente, no se estaba acostumbrado. La amenaza de José María Aznar –“antes que dividir a España, se dividirá la sociedad catalana”–, se ha convertido en el gran objetivo de las instituciones estatales –de todas ellas sin excepción– al servicio de su sacrosanta unidad.

Con todo, cabe decir que a pesar de la virulencia de tal intento, e incluso ante la mayoría de provocaciones directas, la sociedad catalana –en contra de lo que suelen contar la mayoría de los medios de comunicación españoles– apenas sufre ninguna fractura social. Las redes sociales asociativas siguen fuertes y capaces de soportar tales intentos. Los lazos familiares resisten

la tensión interna, no mayor que la propia de las aficiones deportivas. Las calles están tranquilas. Las instituciones –universidades, hospitales, empresas...– han aprendido a no cruzar los límites que podrían ponerlas en peligro –ciertamente, a menudo pagando el precio de un cierto silencio–, incluidos los medios de comunicación públicos como tv3 i Catalunya Ràdio, muy cautos con el lenguaje y con las garantías de diversidad ideológica. Podría decirse –pero es una hipótesis que habrá que confirmar viendo como se comporta en los próximos meses– que el capital social acumulado permite resistir la confrontación.

En cambio, la fortaleza de las instituciones políticas si se está resintiendo del conflicto. En las encuestas del CEO aparecen datos preocupantes: el 78 por ciento de los catalanes (Barómetro de la Opinión Pública –BOP– 3ª ola de 2018) dice sentir-se poco o nada satisfecho con la democracia (aunque es cierto que la confianza en el gobierno catalán aun dobla la que se tiene en el español). La desconfianza en los políticos, Iglesia, banqueros y monarquía está bajo mínimos según todas las últimas olas del Barómetro de Opinión Pública (BOP) de la Generalitat de Catalunya. La sospecha de corrupción política sigue muy alta. Y la respuesta a si “casi siempre se puede confiar en la gente”, está en el 46,5% (BOP 3ª ola 2018). En cuanto a la desigualdad, y aunque todos los datos están mejorando, es cierto que los recortes impuestos por las restricciones presupuestarias durante la crisis, sumado a los efectos de los flujos migratorios de la primera década del siglo con casi un millón y medio de crecimiento de la población en situación especialmente vulnerable, no ayudan a tener el soporte de una cohesión social necesaria en una sociedad con una notable consciencia social, muy exigente en cuanto a servicios públicos y sociales.

El proceso soberanista catalán ha desenmascarado no solo las debilidades estructurales de la política española –los restos de franquismo que estaban ocultos, la promiscuidad entre los distintos poderes, la nula independencia de los grandes grupos de comunicación, etc.–, sino también ha puesto al descubierto las de la propia sociedad catalana, a menudo fruto de un cierto autoengaño y del relativo fracaso de ciertas políticas sociales.

Pero insisto en la idea que, en la medida que el conflicto político en Catalunya no es principalmente “identitario”, en el sentido antiguo, sino que mayoritariamente se concibe

como la aspiración a poder definir una identidad de proyecto, de futuro, creo firmemente que la fractura política y social que se busca va a fracasar. Además, tampoco es cierto que el mapa político catalán esté dividido entre dos partes en un irreconciliable 50 por ciento. El resultado electoral del 21-D que se utiliza de referencia olvida las condiciones en las que se obtuvo: gobierno legítimo encarcelado o en el exilio, instituciones propias cerradas, Junta Electoral central tomando partido por una de las partes, centenares de alcaldes investigados... Y a pesar de todo, victoria independentista.

En cualquier caso, de cómo se resuelva el conflicto por la autodeterminación de Cataluña –deseada por el 80 por ciento de sus ciudadanos, sea cual fuere el sentido de su decisión–, se verá si puede rehacerse su proyecto político, social, económico y cultural –su “identidad de proyecto”–, y como se encara un nuevo horizonte de lo que quizás ya deberíamos llamar intercohesión o multicohesión social.

Notas

1. Jane Jenson. *Defining and Measuring Social Cohesion*. United Nations Research Institute for Social Development, Consejo de Europa, 2010.
2. Regina Berger. Smith. *Social Cohesion as an Aspect of the Quality of Societies: Concept and Measurement*. 2000.
3. Jenson, J. “Mapping Social Cohesions: The State of the Canadian Research”. Discussion Paper F/03 CPRN, Ottawa (www.cccg.org).
4. Rajulton, F. et al. “Measuring Social Cohesion: An Experiment Using the Canadian National Survey of Giving, Volunteering, and Participating”. *Social Indicators Research*, 80(3): 461-492.
5. E. Dupin. *L'hystérie identitaire*. Le Cherche Midi, 2004. p. 11.
6. S. Cardús. *Tres metàfores per pensar un país amb futur*. Institut d'Estudis Catalans, 2009.
7. M. Delgado. *Diversitat i integració*. Empúries, 1998, pàg. 135.
8. Castells, M. *Globalisation and Identity*. Barcelona: IEMed, 2005. <http://www.iemed.org/publicacions/tribuna/tribuna06a.pdf>